Toledo, ciudad histórica y administrativa

Juan Sánchez Sánchez

Numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Camino por el casco histórico de Toledo y observo el progresivo cierre de establecimientos comerciales tradicionales. Proliferan los carteles de «Se alquila», «Se traspasa», «Se vende», «Cerrado por reformas»... En las arterias principales de la ciudad, en los aledaños de Zocodover, corazón de Toledo, surgen nuevas entidades bancarias o tiendas de damasquinados u otros recuerdos típicos para el turista; pero fuera de los circuitos más concurridos, mueren sin descendencia los pequeños comercios de ultramarinos, las droguerías... Toledo se despuebla de toledanos, lleva dos décadas despoblándose sin remisión. Si siglos y años atrás el conjunto histórico que la UNESCO declaró *Ciudad Patrimonio de la Humanidad* acogió a más de 60.000 habitantes, ahora ya no llegan a 10.000. A pesar de programas de rehabilitación y reforma de viviendas como *Toledo a plena luz*, iniciado en los años ochenta por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, los vecinos del casco escogen los espacios más abiertos de los nuevos barrios, el sol y las mayores comodidades de las viviendas de *Buenavista, Santa Teresa, Santa Bárbara, Polígono Industrial, Palomarejos...* Los propietarios de sus casas en el casco prefieren rehabilitarlas, aunque muchas veces sea para alquilarlas a estudiantes o funcionarios; pero quienes estaban de alquiler sueñan con una vivienda de protección oficial en cualquiera de las nuevas zonas que les redima de las estrecheces, las humedades, la oscuridad y la creciente falta de comercios donde adquirir cerca de su hogar los artículos de primera necesidad. Y además los precios: si la vivienda es cara en Toledo, en el casco adquirir o alquilar una vivienda digna, rehabilitada o de nueva construcción, se convierte en un lujo al alcance de pocos.

Pero, a pesar de estas visiones, Toledo en los últimos años ofrece una imagen dinámica. Sin duda la declaración de Toledo en diciembre de 1983 como capital de la entonces recién nacida Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha ha tenido influencias positivas sobre la ciudad. En aquellos momentos, a pesar de que algunos intelectuales toledanos reclamaron para Toledo la capitalidad regional, no puede decirse que fuera una reivindicación asumida; e igual ocurrió con la Universidad. Otras ciudades (Albacete, Cuenca y Ciudad Real) supieron luchar para conseguir para sí lo que se consideraba casi el gran tesoro de la región que iniciaba su camino: Universidad y Capitalidad; sus autoridades locales y provinciales consiguieron sensibilizar y aglutinar a entidades socioeconómicas, culturales y vecinales. Pero creo que, por encima de las presiones, hubo coherencia en

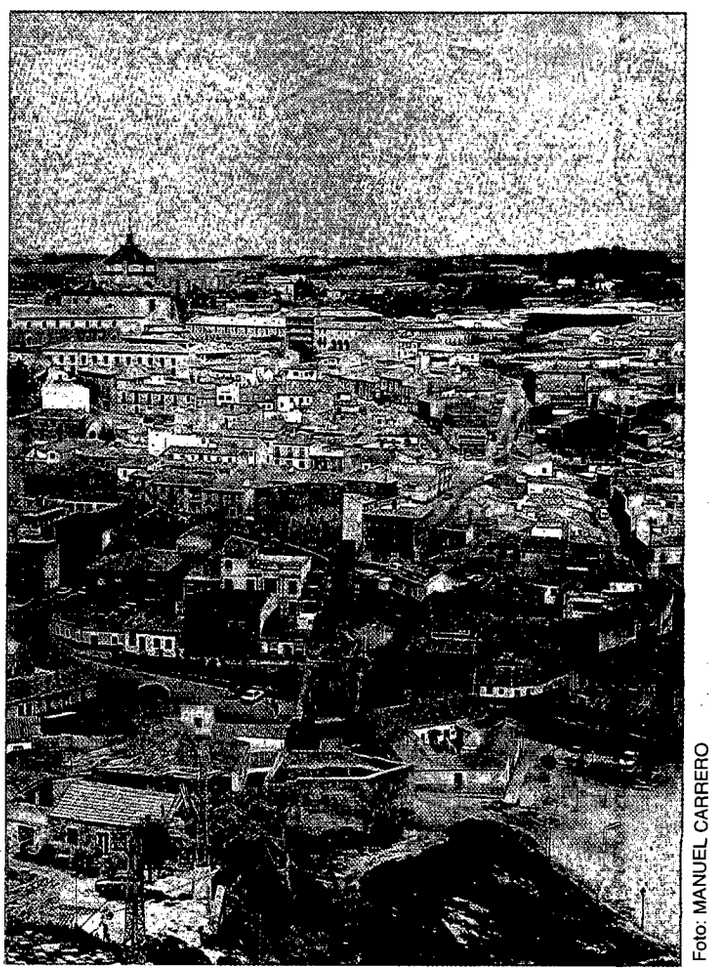

Foto: MANUEL CARRERO

Arrabal y Antequeruela.

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

las decisiones; tal vez en Toledo quedó corta la oferta universitaria, doliendo especialmente que la Facultad de Letras no se localizase en nuestra ciudad. Pero fue uno de los precios que hubo que pagarse para conseguir una Región, y para lograr que la Universidad fuese patrimonio de todos y estuviese al servicio de todos los castellano-manchegos.

No es Toledo una ciudad amante del debate. Me sorprende la dejadez de los toledanos, el permisivismo otorgado en los últimos quince años a la clase política, que ha dispuesto casi de un *cheque en blanco.* Indudablemente en un sistema democrático los ciudadanos depositamos nuestra confianza en los parlamentarios regionales o nacionales y en los alcaldes y concejales; y de la configuración de las Cortes y los Ayuntamientos depende todo el flujo de nombramientos en las distintas Administraciones Públicas. Pero no puede hacerse hasta el punto de que los políticos se hayan convertido prácticamente en exclusivos protagonistas de las iniciativas que marcan la vida cotidiana y que sus decisiones, acertadas o erróneas, se asuman con el grado de pasotismo con que se ha hecho en esta ciudad. En noviembre de 1992, en mi discurso de ingreso como Numerario en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, recordé el papel que los profesionales tenemos en la vida local: «El historiador, junto con urbanistas, geógrafos, sociólogos, arquitectos, demógrafos, artistas y otros intelectuales, no puede reducirse a un proceso de cronista, de relator del pasado. Muy al contrario, ha de participar activamente en la construcción de la ciudad, de la vida social. Tiene que ser convocado, sus opiniones han de ser escuchadas, aunque no siempre puedan ser aceptadas». Recuerdo estas reflexiones porque sigue sin propiciarse ese clima de responsabilidad compartida, una corresponsabilidad ciudadana que no tiene por qué suponer menoscabo hacia los legítimos derechos de quienes nos gobiernan o administran.

Y, a falta de debate, los toledanos nos hemos encontrado con decisiones muy importantes para nuestro presente y el futuro de esta ciudad que aún no acabamos de valorar, tal vez para no ejercer la crítica fácil y apresurada. Una de ellas ha sido el aprovechamiento de edificios históricos para usos administrativos; en principio parece acertada esa política, pero está teniendo un alto coste: el caos con que se encuentra el ciudadano ante la proliferación de Administraciones crece aún más por la enorme dispersión de sus sedes, que dificulta a los ciudadanos sus gestiones administrativas. Además de las necesarias racionalización y reforma de las Administraciones Públicas, sería necesario un programa global de información sobre las oficinas públicas de las diversas Administraciones (guías, planos-callejeros con información sobre el total de servicios públicos,...). Basta con callejear por Toledo para comprobar que, además de las señalizaciones de carácter histórico, monumental y cultural, es preciso abordar una señalización adecuada de los organismos públicos. Es cierto también que, finalizado el *horario administrativo,* la ciudad pierde ese bullicio y queda mortecina; pero ¿qué otros usos podría haberse dado a esos edificios? Como faltó debate, ahora no merece la pena detenerse en esta cuestión; quizá ya no estamos a tiempo de modificar el modelo, tal vez desarrollado con demasiada improvisación y sin visión de futuro.

Otro factor de dinamismo ha sido la Universidad. De apenas un millar de alumnos en el curso 1985-86, hemos pasado a los cerca de siete mil actuales del campus de Toledo. Como comparar es inevitable, surgen las voces que recuerdan que Ciudad Real y Albacete tienen espléndidos y modernos campus; pero también aquí nos encontramos con el carácter de ciudad histórica de Toledo. El emplazamiento del palacio Lorenzana y de San Pedro Mártir está permitiendo que las calles toledanas estén pobladas de jóvenes universitarios y que muchos de ellos vivan en el casco antiguo. La construcción de nuevas residencias universitarias está en esa línea de conseguir que al núcleo histórico de la ciudad no le suceda como a otros famosos cascos, convertidos en bellos museos de la soledad y el silencio. Pero, al mismo tiempo, las todavías grandes carencias en la infraestructura universitaria toledana, agravadas por la actitud que el Gobierno de España tiene en la cuestión de los terrenos de la Fábrica de Armas, son un buen caldo de cultivo para que los universitarios toledanos se sientan discriminados a pesar de los nuevos servicios y edificios destinados a la educación universitaria en Toledo.

A pesar de estas *luces,* Toledo sigue aquejada de una grave enfermedad: la falta de planificación, el inexistente ejercicio de un proceso de reflexión global y colectivo sobre esta ciudad. Centenares de casas vacías o en pésimas condiciones de habitabilidad; el problema de tráfico sin resolver; un ingente patrimonio histórico-artístico que, a pesar de los esfuerzos de las Administraciones Públicas y los meritorios proyectos de entidades como la *Real Fundación de Toledo,* siguen necesitando muchos más recursos de los que se disponen; el proceso de deterioro de buena parte de las viviendas más representativas de la arquitectura toledana, de las que demasiadas veces se conserva sólo la fachada mientras se van perdiendo patios y otros elementos clásicos; el propio modelo de ciudad y de los servicios públicos, todavía carentes de personalidad y de verdadero sistema municipal; los desequilibrios socioculturales que se observan entre los distintos barrios, propiciados por la falta de rigor y planificación a la hora de ir concediendo nuevas licencias de construcción, demasiadas veces sin visión conceptual acerca de qué es un barrio... Y ante este conjunto de problemas los toledanos asistimos impasibles a la parálisis de ideas que

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

se observa en buena parte de las instituciones y Administraciones Públicas, así como a la también creciente *ola* de opiniones que intentan convencernos y justificar medidas e intervenciones arquitectónicas, urbanísticas o *medioambientales* que son injustificables. Cuestiones tradicionales como ¿Conservar? ¿Garantizar un nivel de vida acorde con nuestro tiempo? ¿Reemplazar el pasado en pro de la funcionalidad?, etc., nos son resueltas sin pudor por quienes mayores responsabilidades tienen ante la Historia.

Toledo ha estado en los últimos cuatro siglos demasiado pegada al pasado. En los momentos de mayores crisis, los toledanos más representativos entonaban públicamente el deseo de que la ciudad recobrase sus perdidas glorias, sin reparar en la necesidad de mirar al construir su futuro precisamente con su propio presente. Pero si es erróneo dormirse en los recuerdos del pasado, también lo es no tenerlo en cuenta. Sólo el respeto al legado histórico, a nuestro patrimonio, posibilitará el camino adecuado. Y las soluciones hemos de encontrarlas entre todos, también con el necesario respeto al pluralismo ideológico. Son complejos los problemas de esta ciudad histórica, ayer ciudad imperial y ciudad-convento, hoy fundamentalmente ciudad turística y administrativa. Son realmente complejos.

Pero las soluciones no pueden venir sólo de los *césares:* todos los toledanos debemos sentirnos convocados a construir esta ciudad. Porque la verdad no es patrimonio de nadie, sino que puede encontrarse entre todos. ■

La magia de un cascarón vacío

Luis Alfredo Bejar

Escritor y Profesor de Enseñanza Media

Hace unos días, vencida ya la tarde, subí al parador del Valle con unos amigos. Allí, en la terraza que te enfrenta al prodigio, por enésima vez tuve la ocasión de escuchar esa palabra siempre sorprendida que suele brotar de los labios de quienes descubren o recuperan Toledo. El nombre de este lugar hace siglos que se constituyó en sinónimo de «mágico». Es como un emblema. Pero, a renglón seguido y por vez enésima, pensé para mis adentros en un Toledo que, visto con crudo y casi desesperanzado realismo, no es, a esa distancia que corta el escuálido Tajo, sino un hermoso montón de ruinas, una atropellada historia de frustraciones e impotencias, un triste cascarón vacío, en fin.

Hasta traernos al momento presente, una larga cronología halona esta historia cuyo principio bien pudiéramos situar en aquel otro en que Felipe II decidió trasladar su corte. Sin embargo, acaso no sea menos cierto que es después de la última guerra civil, y más concretamente en los años cincuenta y sesenta, cuando el proceso abre una nueva etapa en la que, con la urgencia que imponía por entonces el grave problema de la vivienda, la población empezará a asentarse en horribles barrios extramuros. Este hecho generó, aparte de la brutalidad de una fiebre especuladora salvaje, un mal que, resultando obvio que se produciría en una ciudad cuyo crecimiento demográfico se hallaba por debajo de la media nacional, todavía no ha encontrado su límite. Me refiero, claro está, al vaciamiento y abandono paulatinos e implacables del casco histórico, problema éste que no parecía inquietar sino a muy escasas personalidades, tan temerosas como silenciadas. Dejando a un lado, naturalmente, el reconocimiento de que las condiciones de habitabilidad de muchas de las viejas casas obligaban a sus moradores, hay que reconocer con tristeza igualmente que la actitud del común de los toledanos ha sido siempre bastante peculiar.

Aunque ya queda dicho, hay que lamentar que la llegada de un régimen democrático tras la muerte del máximo mentor de aquella política de vivienda, no ha supuesto de hecho sino un agravamiento de la despoblación iniciada entonces. Es cierto que, con el nuevo sistema de libertades, se despertó en apariencia un claro interés por el problema y eso hizo que numerosos políticos, más que nada por no perder comba, levantaran de un modo u otro la bandera de la necesaria y urgente rehabilitación del casco histórico. Pero, insisto, nada ni nadie ha impedido que la sangría continuase: hoy, sólo once mil personas siguen habitando dentro del recinto amurallado con una media de edad muy avanzada. El drama se ha consumado y la ruina ocupa de día en día una mayor porción del histórico solar.

No obstante, por acabar de situarnos, es preciso hacer un repaso a los diversos planteamientos vistos en los últimos, cimentados a mi juicio sobre una errónea interpretación del concepto «rehabilitación». Así, por

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

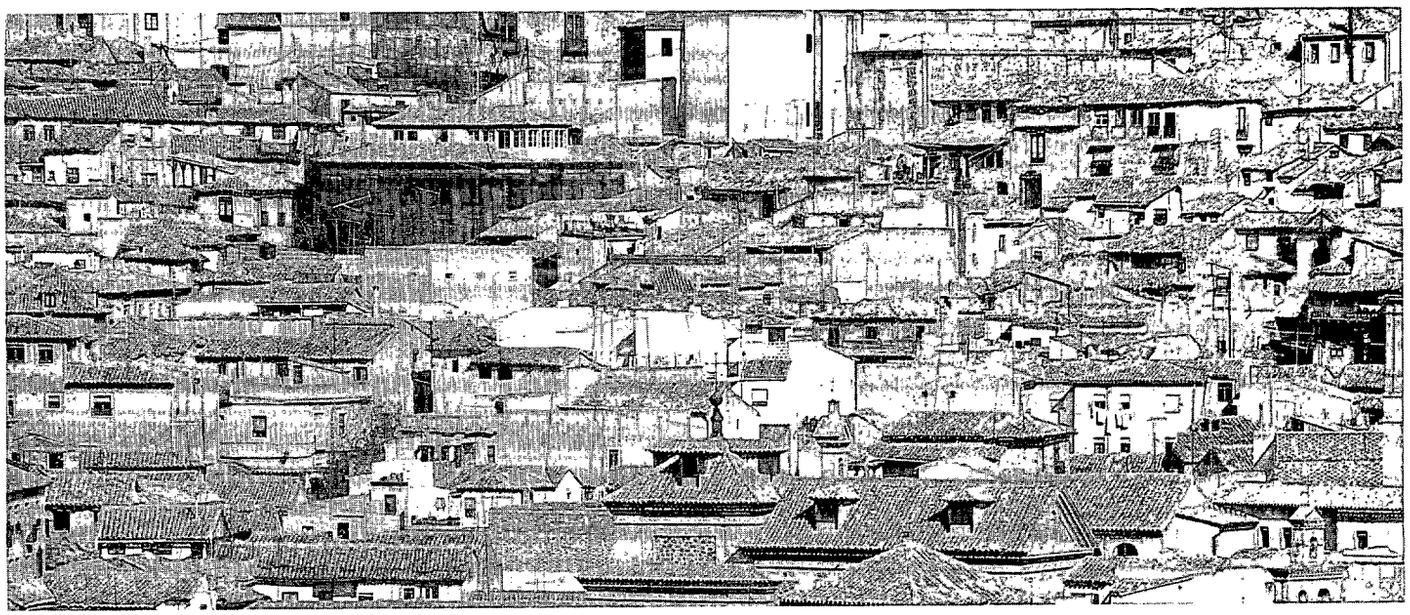

Foto: MANUEL CARRERO

Paisaje urbano desde El Hierro.

ejemplo, nos encontramos frente a importantes realizaciones que, llevadas a cabo casi en exclusiva por los gobiernos nacional y regional, no han hecho sino mantener en pie, adecentar o a veces sólo lavar la cara de algunos notables inmuebles (casos de San Pedro Mártir o del antiguo Manicomio), lo que no ha significado en modo alguno insuflar ni un átomo de vida en el decrépito conjunto. Más bien al contrario en razón del fin a que han ido siendo destinados. Está claro que rehabilitar no ha resultado sinónimo de revitalizar, que es, me parece a mí, de lo que debería tratarse. Bien triste resulta contemplar los interminables regueros de automóviles que, según de qué horas punta estemos hablando, abarrotan o dejan desiertas las entrañables callejas y placitas. Así, el «mágico» Toledo no es más que el aparcamiento gigantesco de una oficina descomunal o el gigantesco vacío de una oficina que espera abrirse al día siguiente.

De otra parte, se nos aparece igualmente desolador el ejmplo dado por Instituciones y mandatarios que, como plenipotenciarios de la inoperancia y la desidia o, lo que sería peor, de la vulgar mentira, no han sabido en este tiempo más que divulgar proclamas en las que se ofrecía la salvación de Toledo, poco menos que de la noche a la mañana, con el oro y el moro de dineros y propósitos. De modo que con la misma alegría se hablaba de los dos mil millones que concedería la UNESCO, que de los veinticinco mil programados por tal o cual ministerio, entorpeciendo o simplemente negando con su actitud el prometido plan especial que, por tanto, nunca acababa de ponerse en marcha.

Diecisiete años después de que los españoles recuperasen en régimen de libertades, es muy de lamentar la constatación del perjuicio que al Toledo histórico le ha reportado la democracia. La vida se ha trasladado definitivamente a otras zonas. Una vez admitida la gravedad del problema, ni las Instituciones ni los ciudadanos han hecho lo mínimamente posible por atajar con remedios eficaces su peor desenlace. En el primer caso, además de lo ya dicho, hay que seguir registrando actitudes de dejación, cuando no de complicidad, en que el expolio continuase: siguen desapareciendo, previo permiso de las instancias responsables, portadas, patios y casas enteras muchas veces de alto valor histórico, arquitectónico y urbanístico (nada indica, por otra parte, que el expolio secreto se hay detenido).

En el segundo de los casos, el de los ciudadanos, dando por sentada la legítima búsqueda de viviendas cómodas y modernas y agobiados por las leyes inmisericordes del mercado, tampoco están del todo libres de pecado. Suele señalarse en los toledanos un acusado rasgo de apatía. No sabría yo decir que esto sea categóricamente así, la verdad. Lo que sí es fácil de apreciar en los toledanos, generalmente considerados, es su pasividad complacida para con las cosas de su ciudad. No creo que haya nadie en el mundo que, so pretexto de un amor desmedido, haya sido más dejado para su ciudad que los toledanos, Tiene Toledo tanto arte, tanta historia, ha sido tantas cosas a lo largo de los siglos, que no parece importarle a sus naturales que se les hurte o destroce un poco. Escuchando embobados el eterno canto a las maravillas de su ciudad se han sentido pagados. Y en ello seguramente ha residido y reside la clave del extenso mal.

Acaso, sin embargo, existan otras causas, como, por ejemplo, que, al otro lado del río o en el deletéreo silencio de sus estrecheces, todavía pueda vivirse una emoción inigualable, pura, como lo son todas las emociones estrictamente estéticas, que emana de ese amontonamiento fantástico que es Toledo. Pero no es eso, pienso yo. O, al menos, no sólo es eso. □

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha